

á presencia de Bazaine. Allí dice que la emperatriz lo llama para un objeto capital. Bazaine, creyendo que pudiera la entrevista ceder en bien de la Francia, envía á Bourbaky. Este bravo general se presenta en Hastings. La emperatriz no muestra ninguna estrañeza en verle; lo esperaba. Aun no ha descansado el emisario de Bazaine, cuando ya sabe la causa del llamamiento. La emperatriz le pide

que se lleve á su hijo, que lo encierre en Metz, que lo ponga al frente de las tropas. Bourbaky le contesta que jamás los soldados admitirán á su frente al hijo del prisionero de Sedan. Bourbaky está en Bélgica, y será llamado por el gobierno. ¡La restauracion del imperio! Jamás Francia consentirá tal infamia.

## CAPITULO LXVII.

### ESPERANZAS.

*Dia 16 de Octubre.*

Los periódicos monárquicos de España, al hablar de mi viaje á Tours, dicen que yo he venido desencantado, descorazonado de Francia, creyendo irremisiblemente perdida esta nacion y su República.

Es inexacto que yo haya venido descorazonado de Francia. Acostumbrado de antiguo á formar en las filas de un partido vencido, yo, que desde 1854 no me he descorazonado un momento, ni en la lucha ardentísima de la prensa, ni en la triste soledad del destierro, mal podria sentir esa afeccion de ánimo ahora que comienzan dias mejores para la democracia.

Yo he dicho lo que sabe todo el mundo. Yo he dicho que la herencia legada por el Imperio á la República francesa es tristísima. Yo he dicho que roto el ejército regular, presos ó muertos los generales, cogido el material de guerra, dispersa la caballería, tomadas las fortalezas de Tours y Estrasburgo, la aparicion sola de la República, y la virtud de ese prestigioso nombre no podria brevemente

enderezar los errores sembrados, ni contrastar las ventajas obtenidas por un enemigo á quien tantas é inexperadas victorias alientan y ensoberbecen.

Pero yo no dudo, yo no he dudado, ni de la salvacion de Francia, ni del definitivo establecimiento de la República. Para creer ambas cosas, para creer que Francia se salva, que la República se establece, tengo razones generales, aprendidas en la conciencia universal, y razones particulares aprendidas en mi propia observacion y experiencia. La primera razon, que me inspira profunda confianza, es la justicia de la causa francesa. O hemos de creer el mundo sometido ciegamente á la fuerza, ó hemos de creer que el derecho lleva ya en sí un gérmen de victoria. Y como despues de Sedan la guerra para Prusia es una guerra de conquista y la guerra para Francia es una guerra de independencia, yo, que creo justísima la independencia de los pueblos, yo no desconfío de la victoria de Francia.

Y como todas las diversas monarquías que

ha tenido Francia, la han llevado fatalmente á la revolucion interior, ó á la intervencion extranjera; yo que veo un salvador instinto puesto por la naturaleza, así en los pueblos como en los individuos, yo confio completamente en que, más ó menos radical, más ó menos centralizada, más ó menos progresiva, unitaria ó federal, quedará definitivamente establecida en Francia la República.

He oido en Tours, en Burdeos, en los ferro-carriles, en los hoteles, á individuos de las clases más acomodadas, de los partidos más conservadores, sostener que, vistas las catástrofes por las cuales toda monarquía en Francia se desenlaza; vista la imposibilidad de fundar la herencia, imposibilidad demostrada por la suerte de los cinco delfines que ha habido desde fines del pasado siglo; vista la poca estabilidad de las instituciones monárquicas; visto que el sufragio universal, base de la República, ya es definitivo; todos los verdaderos patriotas deben coadyuvar al desarrollo pacífico y regular de las instituciones republicanas.

En cuanto á la lucha es cosa averiguada que París se defiende largos meses; que en estos meses un millon de hombres se arma; que este millon de hombres, ora en ejércitos regulares, ora en columnas pequeñas pueden sitiarse á los sitiadores; que las partidas comienzan, que los franco-tiradores pululan, que los Vosgos van á ser ocupados por el génio sublime de la guerra popular, que poblaciones abiertas como San Quintin se defienden, que los campesinos se despiertan, que la guerra nacional ha comenzado y con la guerra nacional se aproxima la salvacion de Francia.

*Día 17 de Octubre.*

París tiene todo lo necesario. Puede beber vino durante un año; puede comer blanco pan durante nueve meses. Ni una sola de las reses, que hay reunidas, ha sido todavía degollada. Se matan por dia quinientos caballos y se reparte una racion á cada habitante. Nun-

ca los ricos comieron ménos, ni los pobres más. Cuatrocientos mil hombres pueden salir y saldrán á su hora oportuna para romper las líneas prusianas. Dosecientos mil quedarían aun guarneciendo la ciudad. Desde el dia en que Gambetta dió su parte, hasta el presente, se han fundido seiscientos cañones. La tranquilidad compatible con el sitio reina en aquella inmensa capital. A las diez de la noche se cierran los establecimientos públicos. A las once todo París se halla desierto y sólo se oye el paso de los centinelas que guardan el sueño de la gran ciudad y vigilan sus murallas. El orden es tan perfecto, que como hayan querido varios rojos armar inconvenientes manifestaciones, todo París ha protestado. No hay un robo. Aquellos crímenes, tan frecuentes en la nueva Babilonia, han cesado. Sólo ha habido un asesinato y ese por celos. Paris conoce que en sus muros se halla la fortaleza y la salvacion de Francia. La antigua manceba del César es hoy, merced al soplo de la libertad que todo lo vivifica, la Juana de Arco que ha de salvar á la nueva Francia.

*Día 18 de Octubre.*

Entre los hombres generosos que han ofrecido su espada á la República, se encuentra Garibaldi.

Este nombre que ha sido un talisman para los pueblos libres, reaparece hoy que la República sufre uno de sus mayores infortunios, amigo leal de la desgracia. Las victorias del pueblo, sus alegrías, acaso no verán á Garibaldi; pero lo verán siempre los dias nefastos, pronto al sacrificio. Puede llamarsele el soldado de la humanidad. Su número es el derecho, su pasion la justicia, su ejército el pueblo, su espada la idea. El campo de batalla donde ha peleado, está lleno con los despojos de la tirania; que á su paso por la tierra, se han estremecido y se han derribado los tronos y los cadalsos.

Viejo, enfermo, herido todavía por la bala del rey ingrato que le debiera una corona,

asaltado por las enfermedades anejas á sus largas campañas, á sus gloriosas peregrinaciones, consagra á la democracia la última centella de su vida, lo que resta de sus heroicas fuerzas, consumidas en la defensa de los oprimidos, en el titánico combate con los opresores del mundo.

Los pueblos que tienen el instinto de todo lo grande, lo buscan y lo aclaman como la personificacion de sus aspiraciones y de sus ideas. Sus piés flaquean hoy, pero su cabeza conserva aquella serenidad escultórica, en la cual brilla la inspiracion de Italia. Aquella espaciosa frente, aquellos rubios cabellos, aquel esférico cerebro que indica su inagotable benevolencia, la azul profundidad de sus ojos de marino, la sonrisa candorosa de sus lábios, la alteza de sentimientos que revela su faz, por la cual no ha pasado la sombra de un remordimiento, su palabra sencilla, breve, poética, le dan en el juicio de los pueblos el carácter y el sello de los redentores y de los profetas.

Hasta su traje ha pasado á ser legendario. Cuando los pueblos de Sicilia veian su camisa roja, su manto gris, su sombrero tirolés, creian ver la imágen de la victoria. Más que la pólvora, más que el plomo, llevaba la explosion de las grandes ideas de nuestro siglo. Con ellas ha recorrido la tierra vencedor, dejando tras sí fundidas las cadenas, resucitados los pueblos, abiertos los horizontes del progreso, sin acordarse jamás de su propia persona, fijos sus ojos en la luz inmortal de la conciencia humana.

Plutarco debería renacer para escribir la vida de este hombre. Es el que ha consumido su juventud en los bosques de América, á las márgenes del anchuroso Plata, combatiendo la tiranía de Oribe y de Rosas. Es el prisionero, que en cuanto supo la ascension de Pio IX al trono, y oyó sus palabras de libertad, fué como un cruzado á defender, atravesando la inmensidad del Océano, esta reconciliacion de la libertad con el Evangelio. Es

B.

el que despertó la epopeya antigua, en su defensa de la libertad sobre las ruinas de Roma.

¡Qué de páginas admirables en su vida! La retirada á Venecia será puesta por la posteridad junto á la retirada de los diez mil griegos. Su paso á Como, á Verese, en la guerra de la independencia italiana, le eleva á la altura de nuestros primeros héroes y guerrilleros en la guerra de la independencia española. El viaje á Marsala con sus mil combatientes, y la conquista de Sicilia á la libertad, son dos milagros de sobrenatural prestigio. Y cuando rodeado de esta aureola aparece en el continente, los reyes de Nápoles se van, y á su voz se eleva la Italia; esa estatua que no habian podido cincelar las espadas de cien generaciones de héroes.

Despues de haber obrado todas estas heroicidades, ningun premio aceptó. Fué, como el último de los pescadores, á su isla, entregándose, hijo de la naturaleza, á la contemplacion del mar y al cultivo de sus ideas y de sus esperanzas. Así que todos los pueblos oprimidos han vuelto los ojos á esa isla, donde la abnegacion de un hombre daba el mayor y más necesario de los ejemplos de este siglo del egoismo y de las desapoderadas ambiciones.

Hoy, despues que Venecia se ha emancipado, despues que la argolla de Roma se ha hundido en el sepulcro de los Gracos, cuando debia consagrarse á saborear el triunfo de sus ideas en el seno de su patria redimida y libre, corre á llevar sus últimos dias y sus últimas fuerzas á la República francesa. ¡El cielo bendiga esas armas que han sido los instrumentos de la justicia! ¡Dios conceda los resplandores de la victoria á los últimos dias de esa vida tan luminosa, de esa vida consagrada á traer la justicia, la libertad, la paz, sobre la faz de la tierra! Sean cualesquiera las pruebas que le estén reservadas, su nombre inmortal brillará siempre entre los héroes y los mártires de nuestra causa, que le debe sus dias más faustos, sus más esplendorosas victorias.

Suspendo el retrato que estaba trazando del héroe á la noticia telegráfica de que han corrido en la Bolsa de Londres rumores pacíficos. No los creo fundados. Hace pocos días el general anglo-americano Bursnide, entró en París, llevando proposiciones del campamento alemán para un arreglo. Proponía un armisticio. Este armisticio sería aprovechado para elegir la Asamblea por sufragio univer-

sal. La Asamblea trataría con el rey de Prusia. Todos los departamentos, así los ocupados por los alemanes como los demás, votarían bajo el mando de los prefectos nombrados por el gobierno de la República. Exceptuaríanse los departamentos de Alsacia y de Lorena. Inútil decir que el gobierno de París rechazó tan vergonzoso arreglo.

## CAPITULO LXVIII.

### PROYECTOS DE ALIANZA.

*Día 19 de Octubre.*

A la perspicacia de Bismark no puede ocultarse que el sitio de París encierra dificultades gravísimas. La capital es el objetivo de toda esta campaña, porque los prusianos creen que París es Francia, y que tomado París, está tomada toda Francia. Tal idea determina sus operaciones. La desgracia de Sedan se las facilita, porque París no puede ser formidablemente defendido sin grande ejército al frente, y el ejército sucumbió en Sedan. Las marchas sobre el Loira tienen también por objeto imposibilitar la formación de nuevos ejércitos que vengan á suplir el ejército de Sedan. Si París hubiese tenido los soldados de Mac-Mahon, sacrificados estúpidamente á la conservación de una dinastía perdida, París sería inexpugnable. Un ejército ante los fuertes, ó entre los fuertes, hubiera sido la ruina del enemigo. Sobre Bonaparte recae tremenda responsabilidad de que jamás le absolverá la historia.

Sin embargo, la defensa tiene inmensos recursos. Una inteligencia militar tan alta como

la inteligencia de Trochu, y una mano tan fuerte como su mano, dirige todos estos recursos hácia la salvación de París, que podría ser aun la salvación de Francia.

París debe ser considerado, no ya como una plaza fuerte, sino como un campo inmenso de batalla, cuyas entradas se hallan todas defendidas por fortalezas, algunas de las cuales, como la de Saint-Denis y el Monte Valeriano, son fortalezas de primer orden. Es necesario añadir que la línea de las murallas tiene siete leguas, y doce la línea de los fuertes.

El principal propósito del sitiador es producir el hambre. Asediar á París tan estrechamente como asediaron los alemanes á Estrasburgo es imposible, porque necesitarían un número de ejército doble del que hoy tienen. Y sería muy difícil de alimentar ese ejército, dada la universal desolación del territorio invadido, en el cual ha llegado la conquista á producir un desierto lleno de ruinas. Todo el trabajo del interior de París, consiste en ganar tiempo. Todo el trabajo de los sitia-